

Civilización y barbarie: el prisma de la identidad

Por Héctor Guillermo ALFARO LÓPEZ*

Facundo es el panorama de una organización fraudulenta—que es el octavo círculo del infierno— más que de la barbarie. Pues la barbarie, ¿qué es si no una copia en bruto de la civilización?

Ezequiel Martínez Estrada

El interés que el civilizado siente por los llamados pueblos atrasados es de lo más sospechoso. Incapaz de soportarse más, se esfuerza por descargar en ellos el exceso de males que lo abruman, los incita a probar sus miserias, los conjura a afrontar su destino que ya no puede arrostrar solo [...] La civilización, su obra, su locura, le parece un castigo que se ha infligido y que quisiera, a su vez, hacer sufrir a quienes hasta ahora se han liberado de él; "venid a compartir las calamidades, sed solidarios de mi infierno": ése es el sentido de su solicitud para con ellos. Ése es el fondo de su indiscreción y su celo.

E. M. Cioran

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE. Ésta es la grieta con que Domingo Faustino Sarmiento signó la entraña de nuestro continente. Parafraseando a Marx, bien se puede decir que *civilización y barbarie* es la tradición de todas las generaciones muertas, la que oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos en América Latina.

La caudalosa dicotomía *civilización y barbarie* es un intento por expresar las contradicciones más esenciales que cruzan nuestra historia desde el impacto de la conquista. Contradicciones que desenrollando sus sutiles cauces han desembocado hasta nuestros días; por lo que han dado lugar en la actualidad a encontradas y enconadas interpreta-

* Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <galfaro@cuib.unam.mx>.

ciones, las cuales abarcan completo el espectro: desde las conservadoras hasta las radicales, desde las viscerales hasta las sosegadas, desde las innovadoras hasta las tópicas. Pero lo que es importante resaltar de entre esta miscelánea de interpretaciones es que en ellas palpita un anhelo común: la búsqueda de nosotros mismos, el afán de saber qué es lo que somos, en pocos términos, *saber cuál es nuestra identidad*. Por lo mismo, la dicotomía *civilización y barbarie* asume una funcionalidad categorial; cada uno de los dos términos se eleva al rango de categoría explicativa de la realidad latinoamericana.

La dicotomía, como podemos avizorar, semeja una profunda mina que todavía cuenta con ricos filones por explorar y por explotar: porque la búsqueda de la identidad que deambula entre los pliegues de la dualidad categorial es perdurable, es una errancia inagotable. Hacia algunos de estos filones deseo conducir mi errancia indagadora, como por ejemplo puede ser el rico filón de la interacción dialéctica de las categorías. Pero antes ha menester dejar asentado que la dialéctica que aquí implementaré es la llamada negativa; en contraposición de la dialéctica positiva.

De principio me centraré en la conjunción copulativa y, mediadora de las dos categorías. Sarmiento tituló, sin lugar a equívocos, a su obra fundamental *Facundo. Civilización y barbarie*. Empero, semejante título esconde una elusiva ambigüedad, como la que se da entre la luz y la sombra con sus fugitivos contrastes, ocultadores y desocultadores de los perfiles de la realidad.

El prócer argentino, respondiendo a brumosos designios, quizá hubiera podido titular a su obra *Civilización o barbarie*, lo cual sería inconcebible para todo lector y estudioso del libro. La *o* disyuntiva es, por definición, segregadora, dissociativa: esto *o* lo otro, pero no juntos. De haberla incrustado en la dicotomía eso implicaría que la civilización no tiene nada que ver con la barbarie. Sin embargo, nuestro autor sabía que de ningún modo podía ser así; a pesar de que en el interior de su conciencia se libraba una sorda contienda entre el deseo subjetivo y la evidencia objetiva entre hacer que ambas categorías se incluyesen o excluyesen mutuamente.¹

La y copulativa se ciernen sobre la dualidad uniendo, pero igualmente separando. La y no significa que civilización sea lo mismo que barbarie, de serlo no habría necesidad de esta conectiva. La conjunción y es la conectiva dialéctica esencial: ella entraña el *devenir multiforme de las contradicciones entre dos o más términos* —cosas, conceptos, categorías etcétera.

¹ Esta pugna en la conciencia de Sarmiento la analizaré con detalle más adelante.

Por el contrario, la disyunción *o* gravita hacia la linealidad separatista, lo que la inserta cabalmente en una estructura de lógica formal, *sustentada en el principio de no contradicción*; prístina *mismidad* sin contaminación de *alteridad*: *o* esto igual a sí mismo *o* lo otro igual a sí mismo pero nunca interpenetrándose.

La *y* es el eje dialéctico que permite la interacción entre *mismidad* y *alteridad* —ser y no ser. Cada término es el mismo respecto de sí mismo y es otro en relación con lo demás: en la dinamicidad dialéctica el no ser adquiere su plena *significatividad* a través de su función definitoria del ser. *La alteridad define a la mismidad, pero inversamente la mismidad define a su vez a la alteridad*; así, por momentos cada una se permuta en su contrario, *sin reducirse o sintetizarse* con él, y según la nueva perspectiva que asumen delimitan —definen— al otro. Pre-existe, por tanto, en su vertiginoso devenir la *reciprocidad definitoria*.

Debe acotarse previamente que la *y* se *reafirma como asociativa* cuando los dos términos coludidos pertenecen a una común región ontológica. Y es *doblemente disociativa* cuando los términos se vinculan a regiones ontológicas distantes (por ejemplo, la distancia que media entre reino animal y reino vegetal).²

Antes de continuar debe quedar claro que la contigüidad a la que me refiero no culmina en reductibilidad, síntesis o absorción —la famosa *Aufhebung* hegeliana—³ de los términos, ya que ello conduciría a negar sus particularidades concretas y soberanas que rechazan cualquier abstraccionismo absolutizador. Contigüidad, en este contexto, simplemente equivale a dinámica interactiva definitoria de los términos; o con las palabras más precisas de Fernando Savater:

La dialéctica de Adorno no alcanza nunca la síntesis; su movimiento se aferra a la negación de lo existente sin fingir o pretender reconciliación alguna; para Adorno, cualquier afirmación que superase el momento negativo no sería más que pura constatación ideológica del dominio reinante [...] La síntesis subyuga lo fragmentado a la totalidad misma que lo fragmenta, lo absolutamente falso. Razones históricas [...] convierten la dialéctica de Adorno en dialéctica negativa; pero la presencia de la síntesis definitiva deja un gran hueco que viene a llenar la esperanza utópica.⁴

² José Ortega y Gasset, *Origen y epílogo de la filosofía*. México, FCE, 1977, p. 42.

³ “Esta aventura de las ideas que mueren, no por aniquilación, sin dejar rastro, sino porque son *superadas* en otras más complejas, es lo que Hegel llamaba *Aufhebung*, término que yo vierto como de ‘absorción’. Lo absorbido desaparece *en* el absorbente y, por lo mismo, a la vez que absorbido, es conservado”, *ibid.*, p. 23.

⁴ Fernando Savater, *Apología del sofista*, Madrid, Taurus, 1973, pp. 54-55. “La teoría crítica entiende civilización y barbarie dentro del marco de la explicación de la

Lo anterior nos enfrenta a la siguiente pregunta: ¿qué contigüidad dialéctica puede existir entre dos entidades que por tradición han sido consideradas antagónicas, excluyentes, disyuntivas, como pretenden serlo civilización y barbarie?

Para la percepción oblicua de la historia que sólo vislumbra ésta desde el *axioma del progreso*, la dicotomía se encuentra transida por la ausencia. Para que el irreversible progreso de la civilización se realice debe ausentarse, retroceder, desaparecer la barbarie. Pero es precisamente aquí, en este supuesto, donde asoma el proteico rostro de la contradicción: la ausencia del uno implica la presencia del otro; con lo que el ausente por necesidad asume el *status* de presencia, es decir, de presencia con halo de ausencia. Puntual presencia de la alteridad en la mismidad. Por lo tanto, *la condición de la posibilidad de la civilización es la barbarie; pero también, la condición de posibilidad de la barbarie es la civilización: el no ser de la una de fine el ser de la otra.*

Llegados a este punto podemos comprender que la contigüidad ontológica de las categorías de civilización y barbarie estriba en que *reflejan la esencia histórica del hombre*, la cual se plasma en el mundo inmediato en usos —haceres—, costumbres y creaciones. Esto es lo que hace afines a las dos categorías, pero ello igualmente les otorga su sello diferencial.

Todo hombre y todo pueblo tienen una análoga estructura histórico-ontológica, pero al manifestarse ésta en la realidad adquiere formas iridescentes, distintivas, particulares. Tal especificidad dará lugar a la conciencia histórica; en otras palabras, a la visión que un pueblo tiene de sí mismo frente a su hacer y a comprender su inherente devenir histórico. Esto *acarreará* logros concretos plurales de identidad y cultura, tan válidos los de un pueblo como los de otro. Sin embargo, tal toma de conciencia histórica con demasiada frecuencia cabalga acompañada por los jinetes apocalípticos del poder, la imposición y el exterminio. Un pueblo se encarama sobre el orbe y exhibe sus logros como el *arquetipo* único a seguir por las demás comunidades; para lo cual forja en la fragua de la hegemonía el concepto que manifestará sus altos logros: la *civilización*.⁵ Concepto que esgrimirá como espada

dialéctica del iluminismo. La defensa de lo particular contra la amenaza de lo general apuesta a lo no-idéntico. Frente a la totalidad igualadora, no identidad es identidad, cuya garantía es la filosofía. Filosofía es añoranza de *Heimat* a cuya precisión se niega la dialéctica", Gregor Sauerwald, "Civilización y barbarie", *Nuestra América* (CCYDEL-UNAM), núm. 11 (mayo-agosto, 1984), edición dedicada a la filosofía de la liberación, p. 70.

⁵ Para un mayor abundamiento en la interacción de cultura y civilización así como su accidentado desenvolvimiento histórico pueden consultarse las siguientes obras: Norbert

flamígera contra los otros, para los cuales se ha acuñado en la misma fragua el concepto estigmatizador de barbarie.

Leopoldo Zea, en su obra *Discurso desde la marginación y la barbarie*, ha mostrado el desenvolvimiento histórico de la civilización y la barbarie, cuyo enclave primigenio se ubica en el mundo griego clásico. Para los griegos, nos explica Zea: “Bárbaro es el que habla mal el griego, el que balbuce o tartamudea. *Balbus*, en latín, es el hombre que está fuera del ámbito griego o al margen del mundo del hombre que así califica”.⁶

Cuando un pueblo llega a este estadio, que de tan elevado pierde de vista el suelo, se produce un esclerosamiento de su propia autoconciencia histórica, metamorfoseada ahora en entidad abstracta que lentamente va distanciándose del hacer inmediato de la comunidad. En su forma más brutal el *abstraccionismo civilizador* se consuma en un bloqueamiento del intercambio con otros pueblos y, por tanto, se cierra el horizonte multifacético de la historia, siendo ésta absorbida por el desenvolvimiento lineal de una teleología opresiva —cuyo culmen será la idea de progreso.

La categoría de civilización se separa así de sus contenidos explicativos al alienarse de la realidad. Pero algo semejante acontece con la categoría afín y distinta de barbarie, ya que se la ha desgajado también de la realidad al verla como mera ausencia y darle una calificación peyorativa. El terreno queda entonces abonado para interpretar la dupla categorial como *disyunción lógica* —una ajena a la otra; o, en el mejor de los casos, para articularlas por mediación de una dialéctica positiva: donde una absorba a la otra, tendiendo un denso manto que oculte las particularidades de cada una y su perpetuo devenir contradictorio real-concreto. En cualquiera de las dos alternativas —disyunción lógica o dialéctica positiva— se busca que la dialéctica

Elias. *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1986; Víctor Hell, *La idea de cultura*, México, FCE, 1986; Paul Schrecker, *La estructura de la civilización*, México, FCE, 1957; Alfred Louis Kroeber, *El estilo y la evolución de la cultura*, Madrid, Guadarrama, 1969.

⁶ Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, México, FCE, 1990. De la definición que Leopoldo Zea da de barbarie como “balbuceo” se desprende claramente que no se debe confundir ésta con primitivismo. El primitivismo sí es la negación total de la civilización y, por tanto, excluyente de ésta. El primitivo es el hombre refractario a los “altos dones” del espíritu, su nivel de cercanía a la animalidad es breve. Por el contrario, el bárbaro ha accedido al desarrollo civilizatorio pero éste le ha sido negado por otro pueblo, cuya civilización ha adoptado una actitud abiertamente beligerante negadora de las otras civilizaciones. Y los pueblos que no han mimetizado su modelo, que balbucean su “cultura”, pasan a ser bárbaros, sin que esto quiera decir que sean primitivos. Véase Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1964.

negativa no exhiba la interacción de las categorías; el no ser de una definiendo la otra de forma irreductible y respetando su pluralidad.

Comprendida desde la perspectiva de la dialéctica negativa, la historia semeja la siempre inacabada tela de Penélope, es el ámbito en que tiempo y espacio se tejen, entretejen y destejen para formar múltiples diseños; que al día siguiente serán sustituidos por otros y, éstos, a su vez, por otros. Tiempo y espacio ofrecen todo tipo de resistencias ante las imposiciones totalitarias, que postulan un tiempo teleológico y un espacio central —sinónimos de civilización abstracta e imperialista. Por otro lado, el tiempo y el espacio múltiples⁷ remiten al suceder cotidiano concreto, donde los pueblos y los hombres en su existir gestan la civilización en consonancia con la barbarie.⁸

A riesgo de ser inoportunamente repetitivo, puede decirse que sólo desde una dialéctica no reduccionista las categorías de civilización y barbarie —definiéndose recíprocamente y simultáneamente autodefiniéndose en el tiempo y el espacio— podrán asumir su función de cajas de resonancia abiertas a los vientos de realidad; dando, por consecuencia, cabal explicación de esa misma realidad donde se exploya la esencia histórica humana.

El mismo libro de Leopoldo Zea, nos deja entrever la capacidad interactuante como procesos históricos relativos de las categorías, ilustradas en el caso de la insular Inglaterra; que en cierto momento fue estigmatizada como bárbara respecto de la civilización continental europea pero, posteriormente, se constituyó en creadora y difusora de la civilización. En la transición que evidencia este ejemplo se aprecia cómo actúan permutándose la mismidad y la alteridad, la civilización y la barbarie.

La dinámica de la dialéctica negativa de la realidad que aparentemente tiene una textura tan clara, con frecuencia ha sido empañada

⁷ El tiempo no es un momento unitario sino todos los tiempos conviviendo simultáneamente; y el espacio no es un lugar exclusivo sino que todos los espacios son centrales y periféricos sincrónicamente. Desde esta perspectiva, tiempo y espacio adquieren una dimensión inusitada, se constituyen en el pasadizo secreto de acceso al conocimiento de Latinoamérica. Donde no hay tal lugar —*utopía*— está todo lugar y donde no hay tal tiempo —*ucronía*— está todo tiempo. Un ámbito privilegiado de la utopía y la ucronía es Latinoamérica contemporánea, con lo cual se deja entrever o se anuncia en ella el mundo multiperspectivo moderno.

⁸ Carlos Fuentes, en plan exegetico de Vico, Bajtin y Borges, expresa elocuentemente la negatividad de tiempo y espacio, aunque esto desde el eje del lenguaje. "No puede haber sistemas cerrados, porque cada observador describirá el fenómeno de manera distinta [...] El espacio y el tiempo son lenguaje; el espacio y el tiempo son nombres de un sistema descriptivo abierto y relativo. Si esto es cierto, el lenguaje debe dar cabida a diferentes tiempos y espacios. Precisamente los 'tiempos, divergentes, convergentes y paralelos' de Borges", *l'alieno mundo nuevo. épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, FCE, 1990, p. 41

rarificándose en la mente, tomando un carácter invertido y abstracto. El ejemplo paradigmático, pero no el único dentro del pensamiento latinoamericano, ha sido Sarmiento. Al inicio de este texto cité la benemérita figura y obra del prócer argentino, no como un mero trasunto ornamental, sino para mostrar las contradicciones que como pensador reverberaban en su conciencia, para lo cual fue necesario explicitar el enfoque teórico para luego acceder a la dialéctica de la conciencia de Sarmiento; y así, finalmente, comprender cómo y por qué se dio la génesis de la multitudinal dualidad categorial en esa conciencia.

Cuando leemos el *Facundo* sucede que una gran cantidad de interrogantes nos toman por asalto, algunas más mordientes que otras, y nos empujan a zonas de penumbra que trascienden la inmediatez del texto. Esas zonas oscuras sólo se pueden iluminar por medio de la lectura entrelineada. *Leer entre líneas es un acto de penetración imaginativa histórica*. Cada lector y cada época histórica hace entrañablemente suya la obra, re-creándola y re-vivificándola; esto es así porque todo gran libro —y el *Facundo* lo es sin duda— a la par de responder a la problemática que lo vio nacer da respuesta a la problemática de épocas posteriores porque cala en los fundamentos esenciales del mundo, de la sociedad y del hombre. A cada época le dice algo de distinta manera.

Lo anterior conduce a una cuestión más insondable: la autonomía de la obra en relación con su autor. Una vez que ésta ha sido publicada se desgrana progresivamente de su creador pasando a ser patrimonio de sucesivas generaciones de lectores. Este distanciamiento (autor-obra) les permite a los lectores acceder a la ambivalencia que se dio en el espíritu del escritor al concebir su obra. Ambivalencia que puede clarificarse con el concepto de *intencionalidad*. El hombre crea y se dirige al mundo intencionalmente, mas tal actitud se abre en una doble dimensión, la subjetiva y la objetiva. Todo acto intencional humano es producto del parpadeo entre ambas dimensiones:

Todo acto humano —explica Luis Villoro— presenta dos facetas inseparables: por un lado es lo que en mi intención ha querido que sea; por el otro, lo que he hecho —háyalo querido o no— representa para los demás. Podríamos llamarlas, en terminología impropia pero corriente, facetas *subjetiva* y *objetiva* del acto. Las facetas no se corresponden necesariamente.⁹

Llegados a este punto es ineludible la pregunta: ¿qué intencionalidad, tanto objetiva como subjetiva, tenía Sarmiento al escribir su obra? Para

⁹ Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1981, p. 89.

responder comenzaré por lanzar una propuesta ambigua, pero que representará una puerta de entrada para responder en lo sucesivo a la interrogante arriba planteada. Sarmiento, en su intención subjetiva, hubiera deseado titular a su libro *civilización o barbarie* y por el empuje de la intención objetiva fue llevado a titularlo *civilización y barbarie*. Como siguiente paso en la resolución de la pregunta, servirán perfectamente las palabras que Sarmiento dirigió en una carta al presidente del “Circolo frentano” de Larino, Italia, el año de 1874:

Perturbaciones inevitables en nuestro modo de ser han venido a traerme con mayor viveza la misma impresión que en la edad temprana me indujo a promover la educación de la masa popular. Joven aún, en 1827, veía desfilar las bandas de Facundo Quiroga, de quien hice más tarde la biografía, que con el título de *Civilización y barbarie* la imprenta de Zonzogno ha solicitado permiso de verter al italiano. Invadían aquéllas mi provincia natal, y al contemplar pueblos, porque pueblos eran, siguiendo en pos de un aventurero, asolando la tierra como aquellas irrupciones que destruían imperios en Asia, revelando en su traje y fisonomía la última escala de los pueblos cristianos, ¿qué falta a estas muchedumbres, me decía, y qué pudiera darse a sus hijos, a fin de que un día se cieguen fuentes de donde emanan estas turbias corrientes humanas? Arrojado luego a Chile por una de sus oleadas y como usted, sostenido por un hombre eminente en aquel país, ensayé crear Escuelas Normales, organizar un sistema de educación general, propagando mejores ideas que sobre su distribución y alcances habíamos heredado de la nación europea que colonizó esta parte de América.¹⁰

La carta anteriormente citada es la mejor síntesis que se puede tener de la vida, el pensamiento y la obra de Sarmiento. En escasas líneas el pensador argentino resume su *vida* desde su juventud cuando en su provincia “en 1827, veía desfilar las bandas de Facundo Quiroga” hasta su madurez de exiliado en Chile. Su *pensamiento* lo plasma con la dicotomía *civilización y barbarie*, que tiene como centro de confluencia y conflicto la figura de Facundo Quiroga, de quien nos informa “hice más tarde la biografía”. Y finalmente el núcleo de su *obra* práctica lo expresa en su afán de “crear Escuelas Normales, organizar un sistema de educación general, propagando mejores ideas que sobre su distribución y alcances habíamos heredado de la nación europea”. Pero bajo estas tres instancias sentimos correr un torrente de pasiones y sentimientos en furiosa pugna, concretizada en la visión de las hordas bárbaras de los gauchos como “aquellas irrupciones que destruían

¹⁰ Héctor Félix Bravo, *Sarmiento, pedagogo social*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965, pp. 13-14.

imperios en Asia, revelando en su traje y fisonomía la última escala de los pueblos cristianos". La imagen de inmediato nos remite a las expediciones depredadoras del asiático Atila, el *Azote de Dios* contra los civilizados pueblos europeos. Esto no es gratuito, Sarmiento buscó fijar en la mente de sus contemporáneos y en las generaciones posteriores la imagen de Facundo Quiroga como la del moderno Atila. Sin embargo, cuando leemos con cuidado el libro *Facundo. Civilización y barbarie* la figura del caudillo gaucho, más que producirnos animadversión repulsiva, acaba por hacérsenos grata, incluso admirable; la explicación puede encontrarse porque en el fondo Sarmiento nos transmite su velada admiración por el caudillo. Una pregunta se impone: ¿no será porque la figura de Facundo entrañaba lo más *querido y real* para Sarmiento de su país, de su mundo? La pregunta parece contradecir su clara y declarada Cruzada contra la barbarie y su apuesta a favor de la civilización. Para encontrar una respuesta que nos permita aclarar estas contradicciones, intentaré adentrarme aún más en los mecanismos articuladores de la conciencia de Sarmiento; por supuesto, siempre desde el ángulo hipotético. Para lo cual nos servirá comprender primeramente los procesos interactivos que se dan entre conciencia y realidad.¹¹

Cuando la realidad inmediata se toma cada vez más agresiva, en proporción directa se acelera el fortalecimiento de los mecanismos defensivos del individuo. Mecanismos que ya de por sí están en proceso de consolidación. La conjugación o articulación entre realidad inmediata y subjetividad humana no se realiza de manera automática y armónica, sus relaciones se dan en violentas colisiones. Una vez que los mecanismos de defensa se han consolidado plenamente, entonces la subjetividad *genera y se aferra a sucedáneos* —entidades defensivo-compensatorias— que extrapola a la realidad y que tienen como finalidad darle seguridad y servirle, a su vez, como puente de conexión con el mundo entorno. Al angostarse la natural subjetividad interponiendo los mecanismos de defensa —obturadores y cobertores— la razón se enfrasca en el juego de lo abstracto, respondiendo sólo a las experiencias universales imposibilitándose, por tanto, a la comprensión de lo particular, de lo heterogéneo, de lo múltiple en sí; sobreponiéndole en cambio los sucedáneos racionalizadores ya mencionados, los cuales son construcciones teóricas, modelos abstractos. El individuo en el que con mayor especificidad y acidez se presenta este proceso en todos sus matices es el intelectual.

¹¹ Para una más minuciosa comprensión de los conflictos entre conciencia y realidad social véase de Theodor W. Adorno, "Acerca de la relación entre sociología y psicología", en Jansen Henning, comp., *Teoría crítica del sujeto. ensayos sobre psicoanálisis y materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 36-76.

En el ámbito latinoamericano las relaciones del intelectual con su realidad alcanzan niveles trágicos. En nuestra América la realidad se encuentra transida de violencia, su carácter indeleble y definitorio es lo indómito. Y las múltiples dimensiones que le dan forma yuxtaponiéndose, como son el colonialismo, el independentismo, el liberalismo, el romanticismo, la dictadura, el socialismo etc., semejan un laberinto donde el Minotauro intelectual se siente atrapado y acosado, lo que le ocasiona una vorágine de sentimientos contradictorios: escapar, cobrar víctimas o ser sacrificado. Carlos Fuentes, sondeando en sí mismo, ha expresado con nitidez el conflicto que vive el intelectual latinoamericano:

El escritor latinoamericano, por el sólo hecho de serlo en una comunidad semifeudal, colonial, iletrada, pertenece a una élite y su obra es definida en alto grado por un sentimiento, mezcla de gratitud y vergüenza, de que debe pagarle al pueblo el privilegio de ser escritor y de convivir con la élite. Pero también por una sospecha, destructiva de múltiples generaciones literarias, de que, a pesar de todo, sólo se dirige, desde el ala liberal de la élite, al ala conservadora de la misma y que ésta escucha sus declaraciones con soberana indiferencia. Finalmente, esa sospecha conduce a una decisión de abandonar las letras, o por lo menos compartirlas con la militancia política [...] En países sometidos a la oscilación pendular entre la dictadura y la anarquía, en lo que la única constante ha sido la explotación; en países desprovistos de canales democráticos de expresión, carentes de verdadera información pública, de parlamentos responsables, asociaciones gremiales independientes o una clase intelectual emancipada, el [intelectual] individual se vio compelido a ser, simultáneamente, legislador y reportero, revolucionista y pensador.¹²

Ante la centrifuga agresividad de la realidad social latinoamericana, el intelectual —llámese novelista, filósofo, profesor, poeta, ensayista, periodista etc.— recurre en sus mecanismos de defensa a un *sucedáneo* que es la asunción de modelos teóricos o corrientes —formas de pensamiento producidos allende las fronteras nacionales y que luego son traspuestos a la reacia circunstancia propia. La posesión de sendas armas teóricas traídas principalmente de Europa embriaga al intelectual autodeificándose, convirtiéndose así en un dictador que sanciona cómo debe ser la realidad, “peor para la realidad si no se ajusta a la teoría”. En términos pragmáticos, tal actitud se exterioriza asumiendo cargos, actitudes o funciones abierta y activamente políticas. Estas actividades pragmáticas terminan por canalizarlo dentro del marco económico,

¹² Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1980, p. 12.

político y cultural pergeñado por la clase en el poder, al grado que consciente o inconscientemente acaba justificando el *statu quo*.

A Sarmiento, con la violencia que hacía presa de su provincia natal estallándole en los sentidos, se le fueron desarticulando los enlaces con su realidad; para no sucumbir se refugió en el manantial del pensamiento europeo abrevando las principales teorías en boga: “iluminismo”, “romanticismo” y “socialismo utópico”, que vendrán a ser para él la sibilina voz de la civilización, que había que descifrar para que su mensaje esparciera las sombras del *oscurantismo* latinoamericano.

Dentro del eclecticismo del que se nutrió Sarmiento, el peso mayor y directivo recaerá sobre el iluminismo —aunque en su época ya era un tanto anacrónico— que acabará por ahogar su romanticismo; tendencia que por su acentuación en lo particular, lo nacional y lo folclórico canalizaba lo soterrado de la subjetividad del escritor argentino: su provincianismo, su amor al costumbrismo y su piedad por los de abajo. El iluminismo fue el vehículo de su creciente racionalismo y punta de lanza de su proyecto de reforma educativa y social. Pero, asimismo, más cabalmente fue el iluminismo racionalista el sucedáneo que le dio seguridad personal ante un mundo que hostilizaba su misión predestinada como intelectual.¹³ Por eso el romanticismo, que igualmente exalta las pasiones y el irracionalismo, no podía de ningún modo garantizarle seguridad; en cambio el iluminismo, con su macizo universalismo cosmopolita, tenía que ser la forma de pensamiento a la que con fervor se sometiera. Pero él no será el único que vivirá semejante transformación. Una preburguesía en ascenso hará suyo el iluminismo racionalista, como su ideología de combate.

El iluminismo permea todos los resquicios y define la ideología del *Facundo* que, en última instancia, configuró la estructura ideológica que dio seguridad a la intelectualidad preburguesa, la cual buscaba fundamentar la doctrina que consolidaría en el haz del clan *unitario* a

¹³ “Dos caras: la persistencia, que supone una fe en la legitimidad del trabajo intelectual y que otorga el antídoto para la flaqueza, como si hubiera una misión para el intelectual; y, en el reverso, la inoperancia respecto a los embates de la realidad [...] En cuanto al segundo aspecto, no cabe duda de que la literatura deviene claramente coadyuvante de la ‘acción’ y tiene que servir a un determinado contenido que puede haber sido para Sarmiento la construcción de otra sociedad, aunque para algunos de sus lectores sea sólo la consolidación de una clase; en todo caso, el intelectual tiene, entre ambos aspectos, una vía de realización como tal, lo cual, al conferirle poder, lo confiere en general, inviste a la figura y la convierte en modelo [...] El intelectual, pues, como situado en la totalidad, como más allá de las clases y como, desde estas alturas, logrando el éxito, un éxito que a partir de la aspiración personal se proyecta abstractamente”, “Prólogo” de Noé Jitrik en Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. xxix.

los grupos dispersos preburgueses, bajo la hegemonía de uno de ellos, el grupo porteño ganadero, del que Sarmiento acabó haciendo su política.

Una de las medidas iniciales del clan unitario fue tomar distancia del pasado inmediatocolonial: borrar su nexo genético con la realidad histórica concreta sobreponiéndole la entelequia de la civilización; lo que redundó en una negación u olvido de los logros específicos del colonialismo español y llegó incluso a su denostación.

Sarmiento, por tanto, para realizar sus proyectos se integró activamente a la política bajo la férula de los unitarios porteños y en consonancia con ellos se aferró a una construcción abstracta: la *Civilización*, la cual no podía ser otra cosa que sinónimo de Europa y, en relación con su circunstancia argentina, se plasmaba en la ciudad, mientras, por el contrario, la barbarie se ubicaba en la campaña. Y es precisamente en la abstracción que hicieron de la civilización europea donde Sarmiento y los unitarios encontraron la racionalización que fortificaba sus mecanismos de defensa, inclusive en lo económico y lo político, contra una realidad que por doquier amenazaba con desbordarlos imponiéndoles la multiplicidad, la heterogeneidad de un mundo hecho de represión, sufrimiento, injusticia y miseria. La solución que encontró Sarmiento contra esos males fue la que se desprendía de su abstracto proyecto civilizatorio: la educación, como panacea contra los males ancestrales de su pueblo. Por sus mismas raíces era un *loable* proyecto que estaba condenado a la *inoperancia* por incompleto, en él se dejaba sentir la eterna disyuntiva de nuestros países ¿Cómo educar y cómo elevar el espíritu si los cuerpos se degradan en el hambre y la opresión? Obviamente el grupo porteño no estaba dispuesto a ir más allá de la reforma educativa. La respuesta fue el huracanado asalto de la barbarie, de la realidad concreta contra las murallas de la arcádica civilización, cuyo vigía y estrategia mayor era Domingo Faustino Sarmiento.

Las hordas de Facundo Quiroga, o en otros términos la campaña argentina, a golpes de concretitud acabó por introducirse en la construcción teórica de Sarmiento. Si el inquieto pensador argentino finalmente tituló a contrapunto de su anhelo subjetivo a su obra cumbre *Civilización y barbarie*, fue porque a pesar de su espesor, las construcciones teóricas que pudo erigir —resultado de sus mecanismos defensivos— de una u otra forma sólo alcanzan validez en la medida que plasman más cercanamente el flujo de la realidad. Éste es el rumor que entre líneas se deja escuchar en el libro de Sarmiento.

El proyecto civilizatorio europeo en la visión abstracta de los unitarios, por su restricción a ese limitado grupo social e intelectual de

ilustrados, jamás hubiera podido trascender esas fronteras para estructurar y realizar el proyecto de unidad nacional argentino. Sarmiento no podía negar que la unidad argentina la lograron los bárbaros gauchos; de esta forma, la barbarie americana de la campaña realizó la unificación que no pudo llevar a efecto la civilizada y europea sociedad bonaerense. La provincia pudo primeramente autounificarse bajo la égida de Quiroga, como ratifica el propio Sarmiento: “Pero aquella fuerza bárbara estaba diseminada por toda la República, dividida en provincias, en cacicazgos; necesitábase una mano poderosa para fundirla y presentarla en un todo homogéneo, y Quiroga ofreció su brazo para realizar esta grande obra”.¹⁴ Pero siguiendo la inercia de su descomunal empuje y como colofón de su propia unificación la campaña terminó por unificar la totalidad del país: “Así la Provincia realiza las grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles, y la *Unidad bárbara* de la República va a iniciarse a causa de que un *gaucho malo* ha andado de provincia en provincia levantando tapias y dando puñaladas”.¹⁵

La realidad americana en su plena concretitud y obedeciendo a su inmanente y necesaria dialéctica —negativa— se sobrepuso a la idealización del esquema civilizador europeo. La heterogeneidad acabó por fecundar e imponerse al estático y formal modelo de identidad abstracta de civilización sobre el que se acunaba la subjetividad de Sarmiento. Por ello, contraviniendo su intencionalidad subjetiva de titular a su obra civilización o barbarie, fue llevado por lo objetivo de la realidad a titularla civilización y barbarie.

En el otro extremo, el bárbaro alarido de los federales con el gaucho Juan Manuel de Rosas a la cabeza: “¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!”¹⁶ representó el momentáneo triunfo de la concretitud en su más descamada expresión. La guerra interna argentina entre federales y unitarios se desbordó en una corrosiva y veloz expansión de la concretitud —la barbarie— a través de todos los tejidos y órganos del modelo abstracto de civilización europea unitario, hasta finalmente atacar la integridad de su estructura ósea. Lo que a la postre significó la revalidación, la legitimación, la aceptación de la especificidad y las particularidades diferenciales e idiosincrásicas de la compleja realidad latinoamericana.

Una vez que los unitarios finalmente se consolidaron en el poder buscaron acorralar a la barbarie, atenuar su voraz concretitud: exterminando al gaucho que torpemente *balbuceaba* y se enredaba en

¹⁴ *Ibid*, p. 115.

¹⁵ *Ibid*

¹⁶ *Ibid.*, p. 237.

la maraña de signos del lenguaje de la civilización. Sin embargo, de una u otra forma, los limitados logros de los unitarios se debieron a que previamente la provincia puso los cimientos de la unidad nacional argentina.

Así, titilando luminosamente, a semejanza de un faro, desde las sombras a que fue relegada por el proyecto europeizante unitario, nuestra barbarie se constituyó en la guía del pensamiento crítico y revolucionario que busca, por sobre la espesura ideológica, la más profunda, concreta y heterogénea realidad latinoamericana.¹⁷ El camino programático hacia el futuro quedaba así señalado: *barbarie y civilización*.¹⁸

¹⁷ La conciencia de Sarmiento vivió entrapada en esta encrucijada, imponer un modelo abstracto de civilización y sigilosamente ser envuelto por el soterrado rumor de los *recuerdos de provincia*. Contradicciones que finalmente se resolvieron en la asunción de una identidad intelectual y vivencial invertida, falsa.

¹⁸ En otros términos la barbarie —la concretitud latinoamericana— señalando el camino y dirigiendo la teoría. lo que redundará en la creación y asunción de nuestra civilización bárbara. O, con los términos en que Alain Rouquié acuñó, América Latina como el Extremo Occidente, esto es, una civilización con una especificidad propia y diferencial aunque sus raíces provengan de Europa.